

A MODO DE SINFONÍA



En Jerusalén, el día de Pentecostés, la predicación de los apóstoles es escuchada por gentes de muy diversa procedencia; ellos se expresaban en distintas lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse, y todos se mostraban desconcertados porque *cada uno les oía hablar en su propia lengua* (Act 2,4.6). Pero esto deja de sorprendernos cuando vemos que es el Espíritu quien

hace posible esa aparente antinomia: mantener la unidad preservando la legítima diversidad. Percatarse de ello resulta imprescindible para descubrir y comprender la naturaleza de la Iglesia –no es fruto de una resolución pactada por los humanos sino producto de la iniciativa divina- y para cuando en la vida cotidiana debamos defender la diversidad sin que la unidad se vea de algún modo debilitada.

Es importante la *diversidad*, porque, únicos y diferentes son los carismas y dones que Dios otorga a cada cual. Ninguno es capaz de mostrar por sí toda la riqueza de la vida cristiana; ni siquiera el desarrollo pleno de un solo aspecto, por muy específico que éste sea. Hay que situarlos dentro del conjunto para contribuir a una visión más objetiva de la realidad del *ser* y del *quehacer* de la misma Iglesia... Y, a su vez, respetar y potenciar lo particular para no privar al todo de un elemento enriquecedor.

Pero la *unidad* también es valor de primer orden. Como en cualquier organismo vivo, la unidad resulta esencial para reforzar la vitalidad, para evitar la disgregación y, por ende, la ruina; sin unidad, si no existe cohesión entre los componentes... todo se desmorona. ¿Será posible lograr esa armonía? Para zanjar la larga discusión sobre los márgenes de acción intelectual que el cristiano tiene dentro de la Iglesia, San Agustín proporcionó un sabio criterio: *En lo necesario unidad, en la duda libertad, en todo caridad*. Es obvio que la indicación tiene un valor universal: Asumamos todos y cada uno, responsablemente, lo que corresponde al patrimonio común (lo que Dios ha revelado y la Iglesia presenta como materia de fe); nos da seguridad y confianza. Tratemos de formar criterios personales y respetemos las opiniones ajenas en lo que Dios ha dejado a la libre disposición de los hombres; no caigamos en el tópico igualitarista que pretende una visión uniforme de la realidad; sería impositivo y empobrecedor. Miremos a los demás con respeto, aprecio y amor; nos permitirá valorar todo lo bueno que se encierra en cualquiera de las opciones. El Espíritu hará posible esa hermosa sinfonía de color y de sonido.

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU



De ordinario, quedamos cautivados por todo aquello que se sale de lo habitual, de lo que encierra algo novedoso, imprevisible, de lo *milagroso*. Por eso, aun cuando sabemos que la *visibilidad* de la Humanidad de Jesucristo no debería prolongarse a lo largo de los siglos, en lo más hondo del alma sentimos el deseo de que los planes de Dios fuesen en esa línea: poder verle, comprobar su presencia a través de los sentidos tal como otros han experimentado durante su vida terrena. Y, sin embargo, entendemos que todo tenga su momento: humanidad visible durante su vida oculta y su ministerio público, experiencia de su glorificación en los tiempos inmediatos a su resurrección y actuación silenciosa del Espíritu que viene a confirmar cuanto el mismo Jesús nos ha enseñado.

Vivimos en esta última etapa. Es el tiempo del Espíritu. Y la mano de Dios no ha reducido su poder. El que transformó la vida de los apóstoles, que toca el corazón de quienes escuchan el anuncio de la Buena Nueva, que da vigor y cohesión a la comunidad que se va formando desde la primera hora, es el mismo al que los cristianos reconocemos también ahora como *alma de la Iglesia* y *fuerza* que ilumina nuestro conocimiento para captar las verdades de fe, fortalece nuestra voluntad para ponerlas en práctica y produce los frutos de la tarea evangelizadora. Se le ha llamado *Gran Desconocido* pero, al leer hoy la hermosa *secuencia* de la Misa, nos damos cuenta de la enorme importancia que la Iglesia le otorga al Espíritu para nuestra santificación y el cumplimiento de la misión que el Señor nos ha confiado. San Pablo recordará dos aspectos esenciales de su intervención: nada bueno podemos hacer –ni decir *Jesús es el Señor*– sin su inspiración; pero tampoco seremos capaces de apreciar, mantener y mostrar las enormes riquezas que su acción procura a la Iglesia a través del tiempo. Con razón Jesús afirma: *os conviene que yo me vaya; porque si no*

me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré (Jn 16,7). Estemos, pues, atentos y seamos dóciles a sus inspiraciones.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (1,1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos, preguntaban: *¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua.*

Palabra de Dios

Salmo: **Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.**

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres!

Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas. R.

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo;

envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. R.

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras.

Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor. R.

Lectura de la 1ª carta del apóstol san Pablo a los Corintios (12,3-7.12-13)

Hermanos: Nadie puede decir: *Jesús es Señor*, si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.

Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. **Palabra de Dios**

SECUENCIA

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Lectura del santo evangelio según san Juan (20, 19-23)

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: *Paz a vosotros.*

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: *Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.*

Palabra del Señor

Tablero parroquial

El pasado miércoles se cerró el **Rastrillo**. Queremos expresar nuestro sincero agradecimiento a cuantos colaboraron con esta actividad en favor de los necesitados. Este año se alcanzó la cifra de **7.851,40 euros**.